

Gaziel **Diario de un estudiante. París 1914**

Prólogo de Enric Juliana

El sueño de una generación roto por el estallido de la Gran Guerra





Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

llull institut
ramon llull

Lengua y cultura catalanas

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull.

Título original: *París 1914. Diari d'un estudiant*

- © del texto: Lluïsa Calvet Bernard
- © Traducido del catalán por José Ángel Martos Martín
- © del prólogo: Enric Juliana
- © del epílogo: Manuel Llanas

© de esta edición:
Editorial Diéresis, S.L.
Travessera de les Corts, 171, 5^o-1^a
08028 Barcelona
Tel: 93 491 15 60
info@editorialdieresis.com
www.editorialdieresis.com

Diseño: dtm+tagstudy
Impresión: Villena Artes Gráficas
ISBN: 978-84-933997-9-5
IBIC: BGHA
Depósito legal: B. 26269-2013
Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.conlicencia.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

////////////////////////////////////

Este Diario comprende exactamente la primera etapa del conflicto bélico iniciado en Europa durante el verano de 1914. Su contenido abarca desde la declaración de guerra entre Alemania y Rusia hasta la evacuación de París por el Gobierno de la República y el éxodo precipitado de la población hacia las regiones del sur de Francia, en vísperas de la batalla del Marne: del 1 de agosto al 4 de septiembre de 1914.

La situación especial en que se encontraba el autor le permitió recoger puntualmente algo que no figuró jamás en los relatos de los periódicos ni en las publicaciones oficiales: la vida íntima, el palpitar recóndito del corazón de París durante ese mes de esperanzas febriles y de zozobras continuas; y además, el aspecto interesantísimo de un modesto rincón de la capital de Francia, donde halló inolvidable hospitalidad una reunión amistosa, juvenil y cosmopolita, que luego fue disuelta y dispersada por los acontecimientos.

Cuando fueron publicadas por primera vez las páginas de este libro, en formato de crónicas periodísticas, durante el otoño de 1914, obtuvieron una recepción clamorosa que me llenó de asombro. Un testigo de calidad que lo pudo presenciar, Miquel dels Sants Oliver, añadió un prólogo entusiasta cuando poco después se publicaron reunidas en un solo volumen. Del *Diario de un estudiante en París* aparecieron a renglón seguido diversas ediciones autorizadas por el autor. Y en algunos países de la América española, después de que muchos periódicos hubieran reproducido, por apropiación pura y simple, estas crónicas, se lanzaron más de una docena de otras ediciones, clandestinas o piratas. Aun hoy, cincuenta años después, hay quien se acuerda de este *Diario*, porque lo piden reiteradamente a los librereros o lo buscan en los encantos. A satisfacer este deseo obedece esta edición, que es la definitiva. Pero al cabo de tanto tiempo, y después de que el mundo haya sufrido tantos vuelcos y trastornos ingentes, se me ocurre preguntarme: y este éxito, ¿a qué se debió?...

Cuentan que un hombre salió de casa una mañana, como solía, para ir al trabajo. Al cabo de un rato se dio cuenta de que el cielo estaba desapacible y pensó: «Tendrías que haberte llevado el paraguas.» Un poco más allá, cayeron las primeras gotas. «Ya lo creo —se dijo el hombre— el paraguas te hará falta». Pero apretó el paso, y poco después un trueno retumbó y se desató un aguacero. El hombre se alzó el cuello de la americana, metió las manos en los bolsillos y suspiró: «¡Qué bien habrías hecho llevándote el paraguas!» Pronto llovió a cántaros, y el caminante tuvo que correr. Pero las trombas de agua crecían de tal forma que el pobre hombre, renunciando a llegar puntual a la oficina, se guareció en una entrada y exclamo lleno de angustia: «¿Durará mucho esto? ¡Ah, si me hubiese acordado de coger el paraguas!»... Y así acaba el cuento. Lo encontraremos gracioso si añadimos que esa lluvia intempestiva era, simplemente, que había comenzado el Diluvio Universal.

Lo que nos pasó a los transeúntes del mundo el año 1914 fue una cosa parecida. De golpe y porrazo, nuestras vidas dejaron de ser, para siempre, lo que hasta entonces habían sido. Sin que nos percatáramos, había a nuestro alrededor centenares de millones de seres humanos inocentes que quedaron condenados a muerte o a sufrir unas penalidades increíbles. Imperios y naciones iban a hundirse con estrépito. Todo el mundo había entrado en una convulsión incalculable.

El valor de este *Diario*, si es que tiene alguno —y el secreto de su éxito extraordinario—, reside en el hecho de que pudo captar casualmente, pero con fidelidad, aquel pasmo por la gran tribulación que nos obligó a refugiarnos en el portal más próximo. Sin sospechar todavía de qué se trataba en realidad, pero sorprendidos ya, en el fondo, por una angustia misteriosa: un vago presentimiento de la tempestad apocalíptica que todavía dura y que sólo

Dios sabe cuándo y cómo acabará. Y aquel principio de la angustia del mundo presente es el que en este *Diario* aparece, reflejado en unos ojos entonces juveniles, ávidos, inquietos, sin duda un poco ingenuos, pero llenos de una honda y humana ternura.

La movilización

Sábado, 1 de agosto de 1914

Esta mañana, con el corazón oscurecido después de leer, en la buhardilla donde tengo mi celda de estudiante novicio de filosofía, el periódico que la sirvienta me acababa de traer con el desayuno, he escrito a un amigo, el marqués de Saint-Ange, que vive en su *château* de Villecerf, en los alrededores de París: «Cuando usted reciba esta carta, la guerra se habrá declarado». El marqués recibirá mi carta mañana. Y esta tarde ya he visto, en efecto, expuesta en la puerta de la comisaría de Saint-Germain-des-Prés, la orden de movilización general. Un puñado de hombres, ricos y pobres, viejos y jóvenes, la leían ávidamente, en silencio. Después, inclinando la cabeza, se iban abatidos, cada uno por su lado, sin hacer comentarios. Hoy también hemos sabido que Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Ya no queda ninguna esperanza.

Nada más ver la orden de movilización, he desandado el camino para explicárselo a mi amigo Martorell, catalán como yo y tam-

bién estudiante, que tiene su cuarto de huésped pared con pared al mío; y los dos hemos ido en seguida a la embajada de España. A duras penas podemos llegar al bulevar de Courcelles, porque el servicio público de autobuses, reservado por el Gobierno para el transporte de tropas, está totalmente suspendido, y el enorme tráfico ciudadano de París, que recorre grandes distancias, sólo puede hacerse bajo tierra, usando el metropolitano. La aglomeración aquí es algo nunca visto, sobre todo por la extraña severidad y el mutismo de los que van y vienen. Todo el mundo parece moverse con una fiebre obsesiva, aparentemente sin motivo, como hacen las hormigas en los hormigueros súbitamente desbaratados.

En la embajada española hemos preguntado qué disposiciones había tomado el gobierno de Francia para los extranjeros que aquí vivimos. Un funcionario correctísimo, pero de aire ausente, como si fuera un habitante de la Luna, nos ha dado esta única respuesta: «Aquí todavía no sabemos nada». Volvemos a la calle, y tras apenas dar cuatro pasos encontramos, pegado en la primera esquina, un gran pasquín oficial que contiene justamente lo que estábamos buscando. Los súbditos alemanes y los austríacos —dice el aviso— han de abandonar París el primer día de la movilización, que será mañana, domingo, 2 de agosto. Los que quieran, sin embargo, quedarse en Francia serán internados, por cuenta y bajo la vigilancia del Gobierno, en determinadas zonas de Normandía y Bretaña. Los demás extranjeros residentes en París nos podemos quedar, a condición de que el tercer o cuarto día de la movilización nos presentemos en la comisaría del barrio correspondiente, donde nos será entregado, si tenemos los otros papeles en regla, un *permis de séjour* o autorización de residencia. Pero no podremos salir del campo fortificado de París sin una nueva autorización especial.

De momento, mi amigo y yo decidimos quedarnos, al menos mientras podamos seguir trabajando en las bibliotecas públicas,

sobre todo en la Nacional. Somos dos pobrecitos estudiantes, alojados en una vieja pensión o casa de huéspedes del barrio de Saint-Germain-des-Prés, en la plaza de Fürstenberg —una de las más pequeñas, escondidas y solitarias del bello París antiguo, cargado de historia. La pensión, en cambio, es cosmopolita y está poblada sólo por jóvenes, estudiantes y artistas. Las chicas son mayoría y dominan las francesas, venidas de todo el país; pero en los tres pisos y las buhardillas del antiguo edificio Luis XIII, de ladrillo rojizo y alféizares de piedra amarillenta, bajo la alta cubierta de pizarra gris, a buen seguro que se mezclan todas las razas y todas las lenguas del mundo. El pensionista más mayor no llega a los treinta años, y el más rico no gasta al mes ni doscientas pesetas. Todas las chicas son *mademoiselles* y todos los mozos son *messieurs*. Y el gozo de vivir es como un aura mágica que circula todo el tiempo por el laberinto de la pensión, está incluso en sus pasillos más oscuros y tortuosos, en las trasalcobas sin balcón ni ventana o en las buhardillas a las que se ha de subir como en los palomares. Los únicos personajes serios, cargados de años y de achaques, son la vieja patrona de la casa y una hermana suya que le hace de burro de carga; una dama inglesa estrafalaria, contemporánea de la difunta reina Victoria y que nadie sabe con certeza donde vive, porque, en la pensión, sólo comparece a la hora de comer y para la tertulia del atardecer; y un monseñor septuagenario, beneficiado de Saint-Sulpice y obispo *in puribus* de una diócesis oriental en manos de los infieles, que nos nubla a menudo las veladas con su majestad litúrgica, sus luengas barbas blancas y sus medias moradas.

Nada más volver a casa, al atardecer, ya encontramos trastornada la pensión. Una huésped italiana, Letizia, llora y suspira en medio de un grupo de amigas que intentan consolarla. Parece que había logrado reunir, a duras penas, más de un millar de

francos: unos ahorros, realmente, casi inimaginables. Y, rehuendo el riesgo de tenerlos en sus manos, le había parecido prudente confiarlos a la tutela del Estado, que además añadiría un módico interés anual. Pero ahora el Gobierno francés, temiendo la sangría que para él sería si, ante el pánico provocado por la declaración de guerra, los humildes retiraban totalmente los caudales depositados en las cajas de ahorro, ha decretado que de hoy en adelante sólo podrán retirarse cien francos mensuales, y además en dos pellizcos, cada quince días. ¡Pobre Letizia! Ella, que quería huir hoy mismo, vía Marsella-Génova, y no dejar en Francia más que dulces recuerdos, cuatro tiestos sin flores y una jaula vacía en su ventana...

La cena es triste, bajo la luz incierta de la gran lámpara ya encendida, mezclada con la del ocaso veraniego que se va apagando poco a poco en el jardín umbrío de la casa vecina. Faltan muchos a la mesa. Los pensionistas hacen como los otros parisinos: van anhelosos de un lado a otro, sin saber muy bien qué buscan, porque tampoco saben con certeza qué les espera.

Hacia el final de la cena aparece *Fräulein* Erika Schwanenberg, la rubia pianista alemana. Es una delicia de muchacha: esbelta, el cabello cardado, la piel dorada, unos grandes ojos azules, como los lagos melancólicos de su tierra, y unos labios carnosos, como las cerezas rojas picadas por los pájaros. Toda flor e instinto, ella es la encarnación del gozo de vivir, siempre rodeada de pretendientes y amorcillos. Apenas verla, tan fresca y risueña, la pensión al completo se da cuenta de que *Fräulein* Erika aún no sabe nada. ¿Pero de dónde viene, tan tarde y en este París súbitamente enfebrecido?... Cuando le decimos lo que pasa añadiendo que ella debe abandonar París mañana mismo, se nos queda mirando con un estupor infinito y al mismo tiempo ingenuo —como el que Eva debió sentir al es-

cuchar la voz del ángel conminándola a abandonar el paraíso. Su gracioso traje verdemar lleva el escote subrayado por un ribete blanco, como un festón de espuma, sobre la blusa esponjosa, con grandes botones de nácar. Y, en la inmovilidad que la sorprende, sólo indica su emoción el leve temblor de la pluma negra que atraviesa su *canotier* de paja clara.

Es un momento como no habíamos vivido otro igual, todavía, quienes estamos reunidos alrededor de la mesa. He aquí una de las primeras transfiguraciones horribles, todavía impensables hace apenas unas horas, que produce una guerra. La bella alemana de Hannover, enamorada locamente de París, interroga con sus pupilas, que se le empañan de lágrimas, a sus buenas amigas francesas, como si les preguntara: «¿Por qué me expulsáis?»; y ellas, una por una, van inclinando la cabeza, como si estuvieran ante un misterio absurdo, que de repente ha transformado en odio legal y colectivo lo que hasta ahora mismo era —y todavía sigue siendo en el fondo— estima humana y profunda hermandad. *Fräulein* Erika se va corriendo a la embajada alemana. Y, mientras todos los demás nos levantamos de la mesa para acompañarla a la puerta, las francesas y otras amigas la besan efusivamente, y muchas después se desperdigán a llorar por los rincones. Esta noche no hay postre.

La tertulia tras la cena —en el salón de otomanas, sillones y cojines, con el gran piano de cola junto al ventanal, donde tantas veladas felices hemos pasado, entre música, juegos y conversaciones— hoy tiene aires de consejo de familia. ¿Qué hará la pensión: continúa o se cierra? *Madame* Amélie Durieux, la propietaria, está pasando, como cada verano, unos días de descanso en los alrededores de Toulouse, de donde es originaria. Y su hija mayor, que en su ausencia regenta la casa, Mireille —una de las hijas de la Provenza que mejor lleva el delicioso nombre de la heroína de

Mistral— sólo nos puede decir que consultará por carta a su madre. Mientras tanto, todo seguirá igual.

Salgo a dar un paseo, para solazarme: la noche es bochornosa, y en el estado de espíritu en que todos nos hallamos ahora yo no podría trabajar ni dormir. Como ya es costumbre entre nosotros, pregunto si alguien quiere acompañarme, y hoy es Mlle. Rabier, una parisina pura, alumna de la École Pigier, y que nunca se ha movido de París ni de los verdes valles que la rodean. Los demás han preferido quedarse: ellos, preocupados por lo que pasará mañana; y ellas, temerosas, después de una jornada tan excepcional y con la restricción de los transportes, de tener que caminar demasiado. Todo el Barrio Latino, en efecto, está solitario y desierto. La gente y sus oscuras preocupaciones se han encerrado en casa, cuando en el cielo desvaído aún luce vagamente un resplandor de ocaso. Y mi compañera y yo nos encaminamos a los bulevares, buscando la fisonomía colectiva de esta primera noche parisina abatida bajo el peso y la incertidumbre de la guerra. Ya se sabe que, en París, cuando se dice «dar un paseo por los bulevares» se entiende por el área que comprenden los interiores, desde la iglesia de la Madeleine hasta la puerta de Saint-Denis o, como mucho, hasta la plaza de la República.

Estas vías populares que, en realidad, forman una sola, que atraviesa el corazón multitudinario de París, tienen esta noche un aire de fiebre extraña, como yo no había visto nunca, pero de fiebre contenida, sorda. El gentío es más compacto que de costumbre, y hasta diríase que, a pesar de que cada uno va y viene como quiere, está como acogotado por un pensamiento secreto y unánime. Como el tráfico rodado ha disminuido mucho, se percibe el roce de millones de pisadas sobre el asfalto —como el de un ejército aún no bien acompasado, pero que ya va fraguándose. Y este aspecto prebélico lo refuerza la ausencia de mesas, sillas y sillones

en las amplias terrazas. La policía las ha hecho retirar completamente, para poder reprimir en seguida cualquier manifestación extemporánea. Por los alrededores de las plazas de la Ópera y de la Madeleine, y en los grandes cruces con el bulevar Hausmann, la calle y el *faubourg* de Montmartre, y el bulevar de Sebastopol, la circulación se hace lenta y penosa de tan abigarrada.

No hay oradores por ningún lado. Los estrategas populares y pronosticadores de vía pública, agitadores o videntes, que siempre aparecen en París en las horas de convulsiones sociales o patrióticas, hoy huelgan por completo, como si no osasen manifestarse —subidos, como era costumbre, encima de los bancos, o colgados de las farolas, o gesticulando por las esquinas. Y es que la gente, esta noche histórica, ante el hecho inesperado y brutal de la guerra inminente, no siente entusiasmo ni temor. Está, sin más, profundamente preocupada.

Jamás pueblo en el mundo habrá ido a batirse tan a regañadientes como este pueblo de Francia. Por los alrededores del edificio del Crédit Lyonnais se forman corros de comentaristas. Una voz más fuerte que las otras domina: «No lo dudéis», asegura: «Inglaterra está con nosotros. Bélgica se opondrá con todas sus fuerzas a la invasión germánica. Italia permanecerá neutral. Y Rusia es un hormiguero de soldados, una potencia humana formidable»... Bien, pero, ¿y Francia? Nadie osa hablar de Francia. Después del *proceso Caillaux*, aún tan reciente que la atmósfera entera del país está como envenenada; y después del debate parlamentario provocado por el senador Humbert, recién terminado, que ha sacado tantos trapos al sol y de tan dudosa limpieza, todos sienten que, de Francia, o, mejor dicho, de su preparación militar, no hay que fiarse demasiado. Y he aquí de donde proviene esta especie de espanto general que en París (y en toda Francia) ha producido la movilización ya decretada. La profunda preocupación de la gen-

te, la falta de toda alharaca belicosa, provienen de que el país no siente plena confianza en sus propias fuerzas.

El pueblo francés hará, sin duda, todo lo que pueda, pero se da cuenta de que no lo podrá hacer todo y tendrá que contar, en gran medida, con la ayuda de otros. O sea: que la tremenda lucha que se aproxima, el éxito o el fracaso del sacrificio que, ya desde ahora, se ve que ha de ser horrible, no dependerá, ni mucho menos, únicamente de Francia. ¿Y hasta qué punto podrá confiar en sus posibles pero problemáticos colaboradores? Esta incertidumbre, que bordea la angustia, carga el aire que París respira en esta noche memorable.

Pero el hombre, en general, no fue hecho para la duda, ni siquiera el hombre más cartesiano del mundo, como es el francés eterno. Y también el de esta hora tan triste. Si tomásemos a un ciudadano cualquiera, de estos que desfilan a centenares de miles a nuestro alrededor, y lo fuésemos encerrando y estrechando cada vez más dentro de un círculo de preguntas lógicas y más bien deprimentes, como las que él mismo se formula vagamente a solas con su conciencia, acabaría por estallar airadamente: «Pues, ¿qué quiere que hagamos, si los alemanes nos atacan, si, aun no queriéndola nosotros, nos hacen ir a la guerra? ¡Pues iremos y la haremos, como hay Dios! ¡Y que pase lo que tenga que pasar!»... Es evidente, sin embargo, que si no le obligasen, el pueblo de Francia no se batiría.

Seguimos caminando por los bulevares, yo lleno de curiosidad y mi compañera, Mlle. Rabier, enardeciéndose poco a poco tan sólo de respirar el tipo de fiebre que esparcen por el aire tantos pensamientos angustiados, tantos corazones oprimidos. La *Taverne Viennoise*, una de las más famosas y concurridas del París noctámbulo, se ha visto forzada a cerrar sus puertas, por temor a la hostilidad popular. Tras las amplias vidrieras que resplande-

cían de luz y fragor, hoy todo es silencio y tinieblas. Al llegar al bulevar de Montmartre, por primera vez notamos que se acerca una gran marea de cantos y gritos. La multitud se arremolina en el margen del paso central. Un comando de chiquillos precede a una manifestación de muchachos, con algunas mujeres del pueblo, que hacen ondear media docena de banderas francesas, inglesas, rusas e incluso una italiana, mientras lanzan imprecaciones belicosas. Y un coro de voces viriles y ardientes, que se alza entre los manifestantes, rompe a cantar *La Marsellesa*. De inmediato el himno prende en los espectadores, como una llama que crece y se propaga; los hay que se descubren al paso de las banderas, otros aplauden; la mayoría, serios y conmovidos, observan. Mi compañera se pone de puntillas y noto cómo, para sostenerse mejor, su mano temblorosa se aferra con fuerza a mi brazo. Cuando se ha disuelto la manifestación y los cantos van perdiéndose a lo lejos, se deshace de mí y oigo que me dice emocionada: «*Il est beau de voir le peuple comme ça, vous savez?*». Tiene los ojos brillantes y la voz como empañada.

A las diez ya no queda casi nadie por los bulevares. La animación se ha disipado deprisa. Bajamos al metro y volvemos a la pensión. Acompaño a Mlle. Rabier hasta el vestíbulo del primer piso, donde ella tiene su habitación; le enciendo la palmatoria—cada pensionista tiene una, porque en la casa todavía no hay más luz de noche que el petróleo y la cera—; le doy las buenas noches y subo lentamente a mi buhardilla, que está en lo alto de un complicado entramado de escaleras, como las de un viejo molino centenario. La amplia ventana de mi cuarto está abierta a la quietud y al fresco de la noche. Me asomo a respirar un rato.

Hay una serenidad y una paz absolutas. Voy recordando, uno por uno, los pequeños incidentes de estos días pasados y la manera suave, casi insidiosa, con que el temor de una guerra europea,

que parecía imposible, alejada por siempre jamás, ha ido filtrándose en el alma de este París exuberante de bienestar y adormecido por el pacifismo, hasta condensarse en el hecho brutal —como un trono apocalíptico en el cielo sereno de verano— de la movilización de todas las fuerzas armadas. Era apenas ayer cuando veía a *Herr Dolbatsch*, el oficial prusiano, que vino a pasar un par de meses a París, y no se cansaba de recorrerlo de cabo a rabo con pasos de gigante, leyendo a Goethe junto a la ventana abierta de su cuarto y fumando en mangas de camisa una pipa larguirucha de porcelana pintada. Pero hoy, poco antes de cenar, dicen que se ha presentado afirmando que esta misma noche se tenía que marchar a Sarrebruck a incorporarse a las tropas de choque movilizadas en la Alsacia alemana. Yo ya no he llegado a tiempo de verle. Ha hecho la maleta, ha estrechado las manos de los presentes, que lo miraban sin reconocerlo, y ha desaparecido.

Bastantes pensionistas —aquellos estudiantes persas que seguían los cursos de la Escuela de Ciencias Políticas, pero al comenzar agosto se fueron de vacaciones hacia los valles emolientes de Suiza— nos escribían últimamente muy alarmados por los rumores que allí, decían, les llegaban de Alemania. Desde el fondo de su verde y copiosa Borgoña, otra pensionista que había desertado del bochorno estival de París nos daba a entender igualmente que su familia, intranquila por los vientos que soplaban desde la frontera alsaciana, no la dejaba moverse de Chalon. Miss Jessy, la norteamericana que parece una muñeca, con ojos de cristal azul, cabellera de estopa dorada y piernas largas y finas como de *girl* nadadora, había ido a pasar unos cuantos días al sur de Inglaterra y nos informaba que los oficiales de los grandes paquebotos transatlánticos, de vuelta de Nueva York, traían malas nuevas de lo que pasa en Europa. Desde un lugar crítico, el dálmata Maver, estudiante de Filología Románica en la Sorbona, nos hacía saber

que de Split se iba corriendo a Viena, reclamado urgentemente por la autoridad militar. Y la melancólica polaca, Mademoiselle Zoschka, que esperaba en Lodz la llegada de las primeras lluvias otoñales para volver a París y retomar las clases de piano en el Conservatorio, desde el otro lado de Europa también nos lanzaba en vano su grito de alerta: «¿Qué se dice en Francia? ¿También quieren la guerra?...» El verano era tan dulce en París, tan lleno de bonanza, que no hacíamos caso de nada.

¡Querer la guerra! ¿Pero hay alguien que la pueda querer? Entregado a la soledad y al silencio de esta noche angustiada, contemplo la profunda penumbra que llena la plaza, como el agua negra de un pozo. Sólo un triste lampadario pone en el centro un resplandor mortecino, entre las hojas de los árboles inmóviles. Y me pregunto una y otra vez quién la puede querer, la guerra —sin darme cuenta (a pesar de mis ya copiosos estudios de filosofía) de que lo mismo se han estado preguntando, desde que el mundo es mundo, las innumerables víctimas inocentes de todas las guerras que se han hecho porque quienes gobiernan a los hombres nunca han dejado de creer, ahora unos, ahora otros, que ellos y los intereses que defienden pueden sacarles gran provecho.

De pronto, veo que una sombra alta y rígida, como un fantasma, viniendo del lado de Saint-Germain, atraviesa la plaza solitaria. Se acerca lentamente a la farola y, al pasar por debajo, reconozco a Mrs. Parthiker, la vieja dama inglesa que vive por los alrededores y viene a comer y cenar a la pensión. Lleva como de costumbre su amplio sombrero victoriano, pasado de moda, con una enorme pluma gris que la sigue largamente, como el humo espeso de un torpedero británico. En su mano derecha, lleva también el eterno paquetito misterioso que nunca abandona, y en el cual —según cuentan las malas lenguas de la pensión— se esconde una bomba de sufragista.

Y al ver su paso acompasado y firme, a altas horas, me digo que de todos mis conocidos en París, ella es, con seguridad, la única a la que el anuncio de guerra ha dejado impassible. Desaparece en la esquina de la plaza, alejándose lentamente hacia la calle Jacob; pero aún oigo el eco de sus comedidos pasos un buen rato, hasta que se apagan. Y ese paso reposado de Mrs. Parthiker, mientras todo París se duerme con el temor de lo que nos traerá el nuevo día, se me antoja la imagen de su patria: la única nación de Europa que hoy podrá reposar tranquila, segura del porvenir.



Agustí Calvet, Gaziel

Bajo el seudónimo de Gaziel hallamos al escritor y periodista catalán Agustí Calvet, un ampurdanés de genio comparable a su ilustre vecino Josep Pla. Gaziel nació en una idílica localidad de la Costa Brava, Sant Feliu de Guíxols, en 1887, en el seno de una familia acomodada que, cuando él tenía apenas seis años, se trasladó a Barcelona.

Su perfil respondía al de un joven estudioso y erudito. Nada hacía sospechar que el periodismo fuera a atraerle. Se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona en 1908 y se doctoró en la misma disciplina tres años después en Madrid. En el verano de 1914 se hallaba en París, en la Sorbona, ampliando estudios de Filosofía.

Allí le sorprendió la declaración de guerra a Alemania y el inmediato decreto de movilización general el 1 de agosto. A partir de las experiencias vividas durante el primer mes de la guerra en la capital francesa, redactó un diario personal en catalán que, ya de vuelta en Barcelona a primeros de septiembre —y cediendo

do a los ruegos del director de *La Vanguardia*, Miquel dels Sants Oliver— tradujo al castellano, publicándolo ese periódico con el título de *Diario de un estudiante en París*. Su aparición seriada fue un gran *scoop* periodístico de enorme impacto social.

Ante tal éxito, *La Vanguardia* no dudó en ofrecerle la corresponsalía de París y, a primeros de diciembre de 1914, obtenía allí la acreditación de corresponsal de guerra que le permitiría cubrir el conflicto. Comenzaba así una carrera meteórica que le convertiría en uno de los mejores periodistas del siglo XX. Escribió imborrables crónicas recorriendo los escenarios de las batallas del Marne y Verdún, bajó a las trincheras a conocer la oscura vida de los soldados que las habitaban y fue testigo del nacimiento de la moderna y mortífera industria armamentística. Sus crónicas eran leídas con veneración en toda España y Latinoamérica.

Una amplia selección de las mejores crónicas de guerra de Gaziél entre 1914 y 1918 se encuentran reunidas en el libro *En las trincheras*, publicado por DIËRESIS en esta misma colección, *Primera Página*.

Al final del conflicto, Gaziél volvió a Barcelona, se convirtió en una de las voces más influyentes de *La Vanguardia* y pronto en su director. Siguió escribiendo profusamente: publicó multitud de artículos de análisis y opinión, cuyo sello más característico era el de proyectar una mirada reflexiva a largo plazo, obviando las conclusiones aceleradas y adoptando una perspectiva mucho más profunda, producto de su sólida formación intelectual. En sus artículos trató con lucidez dos grandes temas: la evolución de la política europea y, en clave interna, las ya por entonces complicadas relaciones entre Catalunya y España, asunto sobre el que siempre mostraría una gran clarividencia. Algunos de sus puntos de vista sobre este último asunto están presentes también en este *Diario de un estudiante*.

Gaziel, a quien la Guerra Civil golpeó, como miembro de esa “tercera España” que no se reconocía en ninguno de los dos bandos, murió en Barcelona en 1964 cuando se hallaba embarcado en un último gran proyecto: completar la versión ampliada en lengua catalana de su primera obra, este *Diario*. La tarea la culminó un traductor de su confianza. Hoy, esa edición definitiva —vertida al castellano por vez primera— es la que ahora tiene usted, lector, en sus manos.

También en esta colección:



Si está interesado en leer toda la obra, pídanos las galeradas de “Diario de un estudiante. París 1914” a la dirección:
info@editorialdieresis.com

www.editorialdieresis.com


dièresis

LA EDITORIAL
DEL OCIO
INTELIGENTE

editorialdieresis.com